

JULIÁN GARZÓN DÍAZ, *Música Griega Antigua. Instrumentos de cuerda*, KRK Ediciones, Oviedo, 2005, 231 pp.

La música en la Grecia antigua era un arte de una gran importancia en la vida tanto espiritual como social. En la mitología se observa su fuerte poder, cuando conocemos la leyenda de Orfeo, quien cautivaba a todos con el sonido de su lira, y recordamos que el dios Apolo tocaba la lira. Se puede decir que la historia de la música griega comienza en Homero. Sabemos además que todos los textos poéticos líricos fueron compuestos para ser cantados en público con acompañamiento instrumental. Las composiciones líricas se escribían para ser cantadas por una sola persona (lírica monódica) o por varias (lírica coral), o en forma de responsión monodia-coro. También en la tragedia se encontraba la música. Pues bien, en este interesante y meritorio libro Julián Garzón, profesor de Filología Griega de la Universidad de Oviedo, estudia un aspecto relacionado con la música griega antigua, como es el tema de los instrumentos músicos de cuerda. «Los antiguos helenos —afirma el autor (p. 20)— tenían instrumentos músicos de tres formas, que fueron usados hasta hoy: de cuerda, de viento y de percusión, aunque parece ser que algunos eran auténticos, pero dentro de los instrumentos de viento».

A menudo los nombres de los instrumentos de la música griega antigua se encuentran mal traducidos o no aparecen, incluso en las mejores enciclopedias musicales. Como indica correctamente el autor (p. 11), «la música griega antigua presenta, en líneas generales, auténticos problemas en algunas de sus variadas y contradictorias fuentes. Esto se debe, en parte, a que los musicólogos, metrólogos, gramáticos, poetas, u otros autores que hablan de algo referido a la música y sus derivados, pertenecen a épocas muy alejadas entre ellos, o representan una dialectología y cultura diferentes, o, sencillamente, no conocen las fuentes originales, ni su contexto, ni el entorno geográfico o etnológico del término que usan. Esto nos lleva a considerar seriamente cada información recibida (muchas veces de forma equivocada, sin tener culpa el autor que transmite tal noticia), porque en la actualidad existe mucha confusión en

torno a los textos o autores de los cuales hablamos». Baste indicar, por ejemplo, que de los 33 instrumentos de cuerda de los que se ocupa el autor y de los que hablaban las grandes enciclopedias, sólo cinco o seis corresponden con certeza —según Julián Garzón— a este período. Se puede señalar, a título ilustrativo, que se habla mucho del arpa, pero los griegos —según el autor— nunca utilizaron este instrumento en ningún momento de su historia. El *chelys* sí lo es. Otros instrumentos de cuerda son dudosos, razón por la cual Julián Garzón distingue entre los instrumentos griegos, los no griegos y los que no se sabe.

El autor se basa en su estudio en las fuentes escritas de todos los poetas y todas las referencias en la literatura. Los instrumentos de cuerda estudiados por el autor en las fuentes escritas son los siguientes: el harpa, la bárbitos, la chelys, el clepsiambos, clepsiadros, el epigonion, el eptágonos, el octachordon, tetrachordon, tripous, trichordon, la nabla, la mágadis, la pandoura, la pektis, la sambyca, el simikion, el xóanon, el espadix, el pariambos, el trígono, el psalterio, la psithyra, la kinyra, la phorminx, el skindapson, el enneachordo, la iambyke, el trípode, el endekachordo, la cítara y la lira. «La transcripción de cada uno de los vocablos griegos originales —indica Julián Garzón (p. 19)— es literal, siguiendo las normas generales de la transcripción fonética internacional, aunque en algunos casos el uso de esos vocablos se represente con una transcripción diferente, debido a las influencias de transcripción al latín o alguna lengua moderna, especialmente el italiano, cuya transcripción la tomó el castellano como usual, v.g.: arpa, armonía, etc., que yo vuelvo a poner en la transcripción originaria como harpa, armonía, etc.». Conviene destacar que el autor, en su descripción de los instrumentos griegos de cuerda, tiene en cuenta además a menudo el arte figurativo griego, particularmente en lo que se refiere a la forma y los tipos de los instrumentos musicales antiguos dibujados en los vasos de cerámica.

Uno de los principales instrumentos de cuerda es para los griegos la *bárbitos*. Este instrumento, indica Julián Garzón (pp. 28-29), «se asocia, por semejanza, con la *lyra*. En un princi-

pio era de tres cuerdas; con el tiempo, no obstante, apareció con muchas cuerdas. El material usado, según la tradición posterior, parece que fue de madera (caoba y nogal, principalmente) y sobre todo, de marfil». Respecto a la forma de su uso y su configuración, Julián Garzón (p. 36) añade oportunamente que «únicamente podemos acudir a las representaciones que encontramos en la cerámica griega y grupos escultóricos. La *bárbitos* se tocaba con un plectro, especie de palillo o púa, y manteniendo el instrumento en una posición oblicua, no vertical, algo que también en ciertos casos la diferencia de la *lyra*, de la cual encontramos otras representaciones de interpretación».

Otro de los instrumentos más queridos por los griegos era la cítara, a la que Julián Garzón dedica un detallado y riguroso estudio (pp. 105-145). «Se trata de un instrumento músico —indica el autor (p. 105)— pulsado con los dedos o con plectro. Las fuentes antiguas que han llegado hasta nosotros, aunque muy diversas, son bastante precisas». Julián Garzón analiza con precisión las fuentes escritas en los autores griegos (ya desde la *Iliada*) y en los autores latinos. En cuanto al origen de este instrumento, «la *cithara* de cuatro cuerdas —añade Julián Garzón (pp. 141-142)— fue un invento de Hermes, la quinta parece ser que fue añadida por Corebo, hijo de Atis, rey de los lidios, la sexta por Hyagnis el frigio, la séptima, y ya entramos enteramente en período histórico, más o menos definido, fue añadida por Terpandro (a semejanza de los siete planetas, dentro del plano alegórico), la octava por el samio Licaón, posteriormente fue añadida otra cuerda, la novena, para darle una parte más grave, cuyo autor parece ser que fue el patriota

Profrasto y otra más también en la parte más grave, que fue la décima, obra de Hestio de Colofón, y por fin la undécima».

Del mismo modo que el teatro y las demás artes, la música griega antigua se encontraba estrechamente vinculada a la religión. Como acertadamente subraya Julián Garzón (pp. 19-20), «todos los pueblos de la antigüedad, cuando hablan de los orígenes de los instrumentos músicos, acuden a sus raíces religiosas, sumergidas siempre en un elemento básico: la mitología. Grecia no es una excepción a ese canon. Un autor como Nicómaco Geraseno, pero también otros muchos autores, siguen semejante opinión muy extendida a través de todos los escritores antiguos hasta la época bizantina, cuando se reglamentarán en parte y transmitirán a todo occidente».

El libro va dirigido a musicólogos, filólogos y a todos los interesados en el tema. Este libro se presenta como el primer tomo de una colección de siete. El segundo volumen será sobre instrumentos de cuerda y percusión. El tercero, sobre la danza. Sólo nos resta felicitar a Julián Garzón por le excelente idea que ha tenido de tratar de un tema que suscita tanto interés, y por haberlo hecho con tanto rigor y de forma tan asequible para el lector no especialista en la materia.

Por último, expresamos nuestra más sincera felicitación al autor por su excelente estudio, al tiempo que le animamos a que concluya su trabajo en los libros de la misma serie que tiene previstos; entre otros, los siguientes sobre los instrumentos de cuerda y percusión y sobre la danza.

Ángel MARTÍNEZ FERNÁNDEZ